

y asentimientos, ideas e intereses *comunes* —para emplear justamente un epíteto derivado del sustantivo comunismo— a todos los hombres sin excepción» (pág. 39). Pero llegados a tal argumentación esas distinciones son prácticamente gratuitas por ineficaces desde un amplio punto de mira histórico-artístico cual el que se requiere. A fin de evitar fatigosas disquisiciones valga con hacerse cargo del ejemplo de Bach, cuando el mismo Vallejo tacha explícitamente de reaccionaria toda forma mística y hasta freudiana (pudiéndose en este caso plantear una contradicción, paralelamente a como hicimos antes con *Trilce*, con buena parte del soporte literario de *España, aparta de mí este cáliz*, pese a todo el contenidismo histórico-político que pudiera traerse a colación). Es no obstante valorable la propuesta definitoria que hace (también con principio positivo-naturalista) del arte socialista, si bien carece de funcionalidad tanto teórica como histórica para la determinación requerida <sup>20</sup>.

Como era de esperar, Vallejo diagnostica la absoluta decadencia de la literatura burguesa, análogamente a la decadencia de la economía capitalista; y ante la pregunta de «¿cuáles son los más saltantes signos de decadencia de la literatura burguesa?», se responde que son reducibles a «un trazo común: el agotamiento de contenido social de las palabras. El verbo está vacío. Sufre de una aguda e incurable consunción social. Nadie dice a nadie nada» (pág. 107) como consecuencia del individualismo, etc. Quiere decirse, por tanto, que el poeta de *Trilce* conduce el asunto de la diagnosis de la salud literaria al lugar más sustantivo, ontológico, el lenguaje mismo; pero el argumento, que no es más que una aporía, es a todas luces lingüísticamente indefendible, y lo que es peor: es una aporía montada sobre otras aporías. Por contra, la literatura proletaria «devuelve a las palabras su contenido social universal», pues habla «un lenguaje que quiere ser común a todos» (pág. 110). Así, «el duelo» entre las dos literaturas es conducido a uno de los tópicos más burdamente panfletarios de la ortodoxia de partido, indigno de un poeta reflexivo, aunque Vallejo bien es verdad que creía, con cierta ingenuidad decimonónica progresista, en el futuro de una sola lengua universal unificada por el socialismo (pág. 69).

A diferencia de Huidobro, la crítica vallejana al surrealismo es estrictamente *sociológica* <sup>21</sup>. Vallejo también hace suya la idea partidista de que la vertiginosa sucesión de movimientos artísticos vanguardistas que discurre por las primeras décadas del siglo XX, y en su caso extremo el surrealismo, no es sino una muestra eficiente del «ocaso de la civilización capitalista» (pág. 84), y bajo ese limitado prisma interpreta unilateralmente esa doctrina poética francesa. Por ello entiende el conjunto problemático surrea-

<sup>20</sup> Escribe Vallejo: «La vía y los medios que siguen los valores estrictamente humanos para nacer y desenvolverse, varían necesariamente según una serie de condiciones de medio telúrico y social, condiciones que en la historia producen otros tantos tipos de humanidad, diversos en las peripecias y accidentes de su desarrollo, pero idénticos en sus leyes y destinos generales. Cuando una obra de arte responde, sirve y coopera a esta unidad humana, por debajo de la diversidad de tipos históricos y geográficos en que ésta se ensaya y realiza, se dice que esa obra es socialista. No lo es cuando, por el contrario, la obra limita sus raíces y alcances sociales a la psicología e intereses particulares de cualquiera de las fracciones humanas en que la especie se pluraliza según el medio espacial y temporal». (pág. 40).

<sup>21</sup> Cf. V. Huidobro, *Obras Completas*, I, cit., págs. 722 y ss. Para un análisis véase mi estudio «La Teoría Poética del Creacionismo», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, cit., págs. 62 y ss. El planteamiento huidobriano, que distingue entre subconsciencia y superconsciencia, está francamente bien trazado y dotado de verdadera coherencia, como todo el conjunto de la doctrina poética del chileno.

lista reducido a su encrucijada de militancia comunista y a las escisiones de escuela o a las arbitrariedades de Breton. Es historia bien conocida y, por lo demás, no parece necesario describir los detalles de su confrontación vallejana <sup>22</sup>.

Vallejo —tomando el problema desde su mayor generalidad— advierte de la gran confusión filosófica existente acerca del concepto de «cultura», al igual que anteriormente hizo respecto de la idea del artista revolucionario. Para ello comienza por traer a colación las simplistas clasificaciones de Aumonier y Rosny sobre el grado de cultura de los distintos pueblos, y concluye que la verdadera confusión está en la propia «sociedad capitalista en general», en «la escuela burguesa», siendo necesario por consiguiente, como única salida al «caos ideológico y cultural en el mundo», recurrir, como dice Pistrack, a la escuela única que propugna el Soviet a fin de acceder a una cultura única y universal (págs. 97-99). De esta forma hace suya Vallejo una ideación en última instancia antropológicamente tan grosera como destructiva, despeñándose por el mayor esquematismo de la crítica cultural y artística antiburguesa. No obstante permítasenos traer en descargo una cita vallejana de *Contra el secreto profesional* centrada en una pragmática humana de las relaciones arte/ciencia: «Existen preguntas sin respuestas, que son el espíritu de la ciencia y el sentido común hecho inquietud. Existen respuestas sin preguntas, que son el espíritu del arte y la conciencia dialéctica de las cosas» (CSP, pág. 40).

En términos abstractamente sentenciosos, según Vallejo «la naturaleza crea la eternidad de la substancia. El arte crea la eternidad de la forma» (CSP, pág. 76); y, por otra parte, «Artísticamente, *socialismo* no es lo mismo que *humanismo*» (CSP, pág. 77). Sin embargo, ya no extrañará en absoluto que el poeta de *Trilce* se permita reproducir los grandes conceptos del contenidismo y de la finalidad del arte en radicalizado sentido marxista recuperador unilateral de las grandes dualidades teórico-poéticas del pensamiento clásico: *res/verba, docere/delectare* <sup>23</sup>. Esto es, sobre la base de que decir «arte y, más aún arte revolucionario, equivale a decir arte clasista, arte de lucha de clases»; y «artista revolucionario en arte, implica artista revolucionario en política» (pág. 133), la dualidad contenido/forma (*res/verba*) se resuelve de manera ásperamente desequilibrada y bajo la predeterminación de su finalidad antiinmanente: «El contenido de la obra de arte debe ser un contenido de masas» <sup>24</sup>, y

<sup>22</sup> Se encontrarán informaciones relevantes en Juan Larrea, César Vallejo y el Surrealismo, Madrid, Visor, 1976. El libro es en parte resultado de la controversia mantenida entre Larrea, para quien Vallejo es poeta ajeno al Surrealismo, y el crítico francés Coyné, defensor parcialista del surrealismo francés frente a cualquier otra innovación o peculiaridad artística, costumbre ésta que es habitual en el país vecino. Respecto de la polémica surrealismo/comunismo, cf. sobre todo A. Breton y L. Aragon, Surrealismo frente a realismo socialista, Barcelona, Tusquets, 1973. Recordaré que el texto vallejano en cuestión se titula «Autopsia del surrealismo» y fue publicado en 1926 como artículo antes de ser incluido en *El Arte y la Revolución* (págs. 83-89). Omito referir aquí la bibliografía bretoniana y los estudios en torno al movimiento vanguardista francés; todo ello materia ya muy tratada.

<sup>23</sup> Cf. para las tres grandes dualidades clásicas, las arriba citadas más la *ingenium/ars*, el gran estudio de Antonio García Berrio, Formación de la Teoría literaria moderna, I, Madrid, Cupsa, 1977.

<sup>24</sup> Abí mismo prosigue Vallejo: «La sorda aspiración, la turbulencia, el frenesí solidario, las flaquezas y los ímpetus, las luces y las sombras de la conciencia clasista, el vaivén de los individuos dentro de las multitudes, los potenciales frustrados y los heroísmos, los triunfos y las vigilias, los pasos y las caídas, las experiencias y las enseñanzas de cada jornada, en fin, todas las formas, lagunas, faltas, aciertos y vicios de las masas en sus luchas revolucionarias» (págs. 134-135).